



MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Dionisio Moreno Barrio, Obispo de Coria, concede 50 días de indulgencia a todos y cada uno de los lectores de esta hoja parroquial.

Domingo XV después de Pentecostés

Santo Evangelio

San Lucas, VII, 11-16.

En aquel tiempo: Iba Jesús camino de la ciudad llamada de Naim, y con él iban sus discipulos y mucho gentio. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda; e iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido a compasión, le dijo: No llores. Y arrimóse y tocó el féretro, y los que lo llevaban, se pararon. Dijo entonces: Mancebo, yo te lo mando: levántate. Y luego se incorporó el difunto, y comenzó a hablar; y Jesús lo entregó a su madre. Con esto quedaron todos penetrados de un santo temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo.

COMENTARIO

Sólo el que es dueño de la vida y de la muerte podía dar el mandato de Jesús. Cuando resucitó a la hija del archisinagogo, que había muerto poco antes; al resucitar ahora a este joven, cuyo cadáver era conducido a la sepultura; y cuando más tarde al imperio de su voz, sacará a Lázaro del mismo sepulcro, Jesucristo no pedirá el auxilio de lo alto, no acudirá a algún po-

der superior al suyo, sino que en todos estos casos manda como señor de la vida y de la muerte, y la muerte le obedece como a Dios. Cuando Elías devolvió la vida al hijo de la viuda de Sarepta, tendióse sobre él por tres veces, y clamó suplicante al Señor; cuando Eliseo quiso resucitar al hijo de la Sunamitis, se encerró con él en el aposento, dirigió al Señor reptidas súplicas y tendióse sobre el cadáver varias veces; cuando San Pedro resucitó a Tabita, arrodillándose ante el cadáver e hizo oración; Jesús, por el contrario, resucita a los muertos con una sola palabra, usando del poder divino que le era propio.

El fin inmediato de Cristo, al obrar este milagro, fué el consolar a la pobre mujer desolada; por esto, con bondad inefable, le devuelve su hijo resucitado; pero el fin último de todos los actos del Salvador fué glorificar a su eterno Padre; y ciertamente uno de los medios más eficaces para conseguirlo eran los milagros.

Es fácil comprender la intensa alegría que se apoderó del corazón de aquella viuda. Por esto ni siquiera la menciona el Evangelista, concretándose a relatar los efectos producidos por aquel estupendo milagro, en todos los que lo presenciaron: gozo indescriptible, temor reverencial, admiración, gratitud, que les hace prorrumpir en exclamaciones entusiásticas.

Nada es tan dulce como temer a Dios. *Glosa ordin.*

La libertad cristiana

¡Libertad! clamaban unánimes los Apóstoles a todo el género humano, llenos de aquel espíritu divino que descendió visiblemente sobre ellos.

Libertad absoluta de todos aquellos errores que habían usurpado el trono de las verdades más importantes; libertad de los vicios que por muchos siglos dominaban con la capa de virtudes; libertad de las pasiones, primero y verdadero origen del error y del delito.

Al oír una libertad tan nueva, se conmueve el universo, y persigue a sangre y fuego a sus santos predicadores. De allí a poco reflexiona, abraza el santo Evangelio, y con él la libertad verdadera, que es la de los hijos de Dios.

¡Qué mutación tan prodigiosa! En cuanto la libertad evangélica es adoptada, resulta un nuevo orden de cosas. La idolatría quedó en el mundo arruinada, el verdadero Dios fué adorado, respetadas las leyes, refrenadas las pasiones, convertidos los príncipes en padres de sus pueblos, los pueblos sometidos a la potestad legítima, y todos los hombres amándose en espíritu y en verdad como otros tantos hermanos.

Tales son los frutos dulcísimos que produce la libertad comprada por Jesucristo con su preciosísima sangre.

Los hombres de nuestro siglo claman también ahora libertad: libertad en todas partes. Publican libros, esparcen máximas, celebran mitines y destinan emisarios que prediquen a las gentes la libertad. ¿Y qué sucede? Que la confusión, el desorden y la anarquía reina donde esta libertad llega a poner el pie.

Todos los horrores de la impiedad pública se pasean como en triunfo después de haber destruido la religión, despreciado la moral y conculcado las leyes.

Por el contrario, la libertad evangélica hace a los pueblos tranquilos, sa-

bios y felices, mientras la filosófica los ciega y los hace miserables e impíos. La primera tiene por base el temor de Dios, la observancia de la más sana moral, el amor al orden y la práctica de la virtud, mientras que la segunda estriba en el desprecio de Dios, en la corrupción del corazón y de las costumbres, en la destrucción del orden y en el odio a todo lo bueno.

¿Qué extraño es, pues, que unas libertades tan opuestas produzcan tan contrarios efectos?

La libertad no es la independencia

Dios nos ha criado libres; mas no por esto nos ha hecho independientes. El Señor nos crió libres para honrar y perfeccionar nuestra naturaleza; pero al mismo tiempo nos crió dependientes para que entendiésemos que no puede haber verdadera libertad sin una sujeción ordenada y razonable.

Esta es la causa por que tenemos tres leyes: la ley de Dios que nos dirige, la de la necesidad, que nos arrastra, y la del pecado, que nos seduce.

Observar la ley de Dios, adorar en la necesidad su Providencia, y resistir al pecado, es toda la perfección de la libertad humana.

Sin estas leyes, ¿qué sería de la libertad de los hombres? la libertad de los brutos, si pueden llamarse libres no teniendo ley alguna.

Desobedecer a Dios, blasfemar en la necesidad su adorable Providencia, y entregarse al pecado, es ser libre, como se juzga el rebelde cuando sacude el yugo de la autoridad que lo sujeta.

Tanto nos ceba y encanta el nombre dulcísimo de libertad, que la confundimos fácilmente con la absoluta independencia. Parece hado funesto y terrible de los hombres quedar engañados siempre por su propia libertad. Nos parecemos a un joven que fugado de la casa de los padres, y corriendo errante de un lado a otro sin saber hacia dónde

dirigirse, se juzga absolutamente libre; y porque anda enteramente extraviado, se jacta el necio de una especie de libertad que redobla el peso de sus cadenas.

Cabalmente esta fué la libertad del hijo pródigo, la cual le redujo a servir a un amo de mala condición, y a apetecer por comida las mismas bellotas para no morir de hambre.

Mientras le duró el cauda, fué esclavo de sus pasiones, de sus vicios, y de sus aduladores. Consumidas sus riquezas, vino naturalmente a parar en la otra esclavitud que nace de la miseria.

Supongamos que hay un hombre tan libre, que condescienda con sus pasiones estragadas cuando permiten su robustez y sus fuerzas. ¿No le veis al instante obligado a esconderse para no ser conocido? Si quiere disimular, ¡qué comedimiento en su conversación! ¡cuánta cautela en sus pasos! ¡cuánto misterio en todo su exterior! El teme el contratiempo, la sorpresa, el lance inesperado; y por necesidad tiene que valerse del fingimiento, de la mentira, del ardid, que son otras tantas cadenas que esclavizan su corazón.

Si llega a perder absolutamente la vergüenza, y a no importarle nada el ser malo, el público a quien ofende con su conducta, lo aborrece; la ley, cuya justicia quebranta, lo persiguen; y así se ve obligado a huir de la gente honrada y a vivir con unos hombres sin juicio y sin pudor.

Si a este desgraciado la colocación le hizo persona pública, aún es mayor su ignominia, porque su misma representación le va aumentando el desprecio; y habiendo en todas partes hombres que aman la virtud, y leyes que castiguen los delitos, ¿dónde se refugiará este infeliz, que no sea aborrecido y castigado.

Si lo amonestáis, acaso os dirá que no es dueño de sus acciones, que no tiene fuerzas para reprimirse. ¿Y esto es libertad? ¿y a esto se llama ser libre?

Más quiero yo ser esclavo y vivir

en cautiverio, con tal que sea dueño de mi corazón y pueda merecer el amor y aprecio de mi Señor.

Una hija de la caridad

Entre la hueste gloriosa que San Vicente de Paúl lanzó al combate por la caridad hay legión de soldados aguerridos, que no cedieron hasta inmolarse con su heroica o triblinc muerte en sus aras sacrosantas. Valga el ejemplo de Sor Andrea, Hija de la Caridad. Preguntada ésta por San Vicente, ya en su lecho de muerte, si sentía algún remordimiento, respondió: «Yo, Padre, no tengo ninguno; a no ser de haber sentido gran placer de servir a los pobres.» Y como de nuevo insistiese nuestro Santo: «Y qué, Hermana mía ¿no tenéis nada del pasado que os haga temer?» Ella añadió: «No, nada absolutamente; si no es que sentía excesiva satisfacción en ir por esos pueblos visitando a sus buenas gentes, de tal modo que volaba por la alegría de servirles.» Y así murió, como fénix de caridad, ejemplo muy repetido en los anales de la Hija de la Caridad; ya que todas, por lo que su vida dice, podrían dar, en sus últimos momentos, tan dichoso testimonio. Tales almas de fuego salieron de aquel volcán, que ardía en Vicente de Paúl.



CULTOS DE LA SEMANA

Hoy, domingo, a las ocho Misa rezada de comunión de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen. A las nueve la Misa parroquial. A las cinco y media el ejercicio con procesión de la Virgen del Carmen. A las siete continua la novena de Nuestra Señora de Guadalupe en su capilla.

El lunes a las siete Misa en la Parroquia y a las ocho en la capilla del Vaquero. Por la tarde a las seis y media Vísperas de Nuestra Señora de Guadalupe y a las siete la novena.

El martes a las ocho Misa de comunión general de la Congregación de Guadalupe en la Parroquia, y a las diez fiesta solemne con sermón en la capilla. Por la tarde termina el novenario a las siete.

El jueves las Misas a las siete y a las ocho y por la tarde a las siete la Hora Santa.

El viernes los cultos ordinarios de este día a N. P. Jesús Nazareno.

El Novenario de N. P. Jesús Nazareno

El sábado de esta semana, día 12, empieza en nuestra parroquia el solemne novenario que la Cofradía de N. P. Jesús Nazareno y de Nuestra Señora de la Misericordia consagra todos los años a su divino Titular.

Los cultos serán los siguientes:

Todos los días Misas rezadas a las siete y a las ocho, y cantada a las ocho y media.

Por la tarde a las siete el ejercicio del novenario con Exposición, cánticos, Rosario, sermón y bendición.

Predicará el R. P. Juan Echevarría, Hijo del Corazón de María.

La víspera, día 19, habrá Vísperas y mesa de ofrendas, como de costumbre, y el día 20, comunión general de los hermanos, Misa solemne a las 10 con

sermón, y por la tarde termina el novenario a la misma hora.

En este día se gana indulgencia plenaria confesando y comulgando en la Parroquia de Santiago.

MOVIMIENTO PARROQUIAL

BAUTIZADOS

Día 23.—Claudio, Agustín Hernández Velázquez, de Rafael y María.

Día 26.—Francisco Criado Montes, de Pedro y Adela.

Día 30.—Isabel Sánchez Romero, de Víctor y Andrea.

Juan Polo Iglesias, de Isidoro y Obdulia.

Eladia Gozalo Gordo, de Lucio y Felisa.

José, Fernando, Joaquín Murillo Bernáldez, de don José y doña Fernanda.

Día 1.—Emilio Morato Moreno, de Antonio y Jacinta.

Día 3.—Encarnación Gutiérrez Macías, de Jacinto y Teodora.

Angel García Trenado, de Estanislao y Joaquina.

José, Luis Rosado Gil, de don Juan y doña Manuela.

CASADOS

Día 23.—Fernando Gómez Hierro y Ana Monroy Arias.

DIFUNTOS

Día 20.—Gabina Galán Hernández, de 70 años, viuda. Recibió los santos sacramentos de la Penitencia y Viático.

Día 21.—Lucio Alvarez Jiménez, casado, de 68 años. Recibió el sacramento de la Extremaunción.

Roguemos a Dios por sus almas.

Día 29.—Jacinta Jara Gasco, de tres meses, hija de Jacinto y Lucía.